

Poco tiene que ver la celebración de la vendimia con el trabajo de la vendimia.

infidencias de vecinas meteretas y hasta manotones pugilísticos. Intrigas palaciegas, al fin. Estos terribles sucesos han cambiado de manera inexorable la imagen de la monarquía vendimial. ¿En quién hemos de confiar?, habida cuenta de que ya casi no confiamos ni en nuestra cara atontada y mañanera frente al espejo. Veamos el antes y el después de las engañosas soberanas. Antes, las reinas —ataviadas con capas, coronas, tacos altos, maquillajes, aros, pulseras, anillos y cetros— encarnaban el paradigma de la armonía sensible, la sabiduría adolescente, la culta delicadeza; antes, recorrían la comarca tendiendo su mano a los plebeyos, coleccionaban estampillas de países nórdicos, amaban a los niños, respetaban el orden político —sobre todo el de sus intendentes—, estaban compenetradas con la historia departamental y cosechaban uvas en las dolorosas siestas de Ugarteche, Villa Atuel o Montecaseros, según aseguraban; antes, envueltas en un aura extraordinaria, gambeteaban con naturalidad caries, berrugas, depresiones menstruales, celulitis, estrés, caspas, grasituras, hemorroides y callos plantales. Ahora, nos preguntamos ¿qué hay detrás de este vestido prepotente en colorido y de esta cara bonita que juramenta amar a su pueblo sólo como un dios ama a sus fanáticos? Quizás la culpa sea de las feroces campañas a que se prestan con el objetivo final de la coronación. Porque la Vendimia —hay que decirlo— es una competencia solapadamente cruel donde —a fuerza de simplezas, candores, corazones abiertos, modestias varias, sonrisas dulces y respuestas más o menos inteligentes— una deja en el camino al resto y se sube al podio de los ganadores. Los medios de comunicación juegan un papel fundamental. La elegida será no aquella que viva la vendimia con dolores de a veinte centavos el tacho, sino aquella que condense, más o menos artificiosamente, los gustos populares y venza con mayor eficacia la distancia que el medio le impone. A

estos dos fines, la soberanas entregan, venden o alquilan su alma por un par de meses. Una especie de pacto con un demonio folklórico, popular. Y no importan los precios. Saben que despedirán a sus novios, que alguna oscura funcionaria municipal les inculcará la declamatoria, que un jorobado historiador les hará memorizar sucesos decisivos, que un fotógrafo lascivo rescatará —de entre mil— cinco instantáneas de la inocencia, que una aristócrata venida a menos les enseñará a caminar, saludar, sentarse y sonreír como Blancanieves. Saben que deberán grabarse a fuego frases como las siguientes: “mi departamento tiene gente maravillosa”, “las potencialidades turísticas son enormes, pero aún desconocidas”, “con las chicas nos llevamos fantástico, hemos hecho un grupo hermoso”, “me encanta el folklore”, “la noche de la elección estaba tan nerviosa que no recuerdo nada”, “tengo una familia hermosa; desde el primer momento me apoyaron en todo”, “me preocupa que los jóvenes se droguen y la guerras y el hambre y los desocupados y la corrupción”, “estoy de novia; juega al rugby y estudia márketing, pero escucha a Los Trovadores de Cuyo” y “cuando era chica, una vez coseché y todo”. Pero las reinas, adolescentes al fin, reinan pero no gobiernan; no son más que carrocerías de las maquinarias municipales que, paradójicamente, tienen un noble objetivo: difundir las bondades de los departamentos. De aquí la exigencia de la síntesis; ellas deben resumir la belleza inteligente, la responsabilidad espontánea, la coherencia natural, la memoria sin cálculo, la cueca y el aerobic, el turismo y la sobremesa, el inglés y los choccos, el paddle y la filantropía, Ricky Martin y la tonada tristona, la computación y la infaltable acequia rumorosa de los poetas vendimiadores. La vida sin contradicciones es demasiado para ellas, es demasiado para cualquiera. ¿O acaso, a pesar de todo, no se nos infla el cuero con estos aires vendimiales? Pero sería bueno que, al menos una vez, saliera reina la hija del contratista, que no es tan linda ni alta ni bilingüe, es cierto, pero para mi gusto es realmente hermosa.



Con las peleas entre las candidatas a reinas, por primera vez, las intrigas por el poder vendimial ha salido a la luz. ¿Qué ha sido de la supuesta candidez de nuestras soberanas? Otro ídolo que se nos cae y van...

Acerca de los entredichos de las reinas

La hija del contratista

Pasó otra Vendimia, como pasan los cumpleaños de quince, los papagallos en los documentales, los chistes en los velorios, los circos por el desierto, la leve primavera. La reina de La Paz fue la elegida, a fuerza de frescura, de pertenecer a un departamento sin reinas nacionales, de experiencia en la cosecha y de una estupenda boca pulposa. Salud. Esta fiesta del 96 tuvo un ingrediente particular: apoyadas por padres justicieros y barras incondicionales, varias cortes renegaron de sus reinas. Los argumentos fueron desde las dudas en la imparcialidad del escrutinio, hasta la reacción ante ofensas del tipo “tilinguita”, “negra” y otras yerbas. Y lo que es peor:

agresiones físicas de Majestad a Majestad. El asunto, quizás por primera vez en la historia de la Fiesta Nacional de la Vendimia, sacó a la luz una verdad hasta ahora oculta: las reinas tienen una doble naturaleza: son divinas y son humanas. Hasta ahora, nadie —ni el más confeso de los enemigos de la Vendimia— era capaz de imaginar a uno de estos cándidos seres pronunciando un, por ejemplo, “sos todas unas chiruzas”. Lo cual hace sospechar acerca de un secreto y casi inviolable pacto de todas las representantes nacionales, departamentales y distritales de la historia para ocultar su faz humana y convertirse en individuos plausibles de insultar y generar envidias, comparaciones difamantes,

Por ULISES NARANJO